

En real al mes.

En Madrid para los suscritores á la Biblioteca Popular y Museo de las Familias, y 6 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

# LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid 40 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la Biblioteca Popular y Museo.—Se publica todos los domingos del año.

## SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

### NAPOLEON EN POSTDAM.

Después del glorioso hecho de armas de Jena, marchó Napoleón sobre Berlín, cuya ciudad se sometió en el mes de octubre de 1806. La resistencia de los prusianos en aquella campaña había sido débil é indecisa, y quizás el estado de sujeción en que se encontraba aquella monarquía, inspiró á Napoleón algun triste cotejo con el brillo que despidió bajo Federico II su fundador. El nombre de Federico llenaba todo el siglo XVIII, los estudios de Napoleón se habían dedicado incesantemente á comparar la táctica del rey de Prusia con la de César, Turenna, el gran Condé, Montecucelli y el príncipe Eugenio, y concibió por los planes de campaña del rey de Prusia, en la guerra de los siete años, una grande admiración; por otra parte el mismo Napoleón, creador de un vasto imperio, gustaba meditar sobre los gloriosos sucesos de esos hombres raros que toman un pueblo para constituirlo en mas vastas proporciones. Al llegar á Berlín, la mente de Napoleón estaba toda llena de Federico; los que se acercaron á él en aquella época se acuerdan que no tenía al parecer mas que dos ideas fijas: horrar los tristes trofeos de Koshach, arrebatat las banderas francesas que remolaban en Postdam, y luego visitar la tumba del rey de Prusia, cual si debiese lamentar el doble duelo de un grande hombre que ya no alentaba, y de una grande monarquía que iba á desplomarse.

Federico II nació en Berlín el 21 de enero de 1712; había tenido por preceptor á un francés refragado, y por ama á madama de Roucoules, también francesa, lo cual contribuyó á inspirarle gusto por todo lo que pertenecía á la Francia. Circunstancia singular de la vida de Federico es que este príncipe, tan notable como militar, esperaba en su juventud una repulsión profunda por todo lo que tenía referencia á la profesion de las armas. Era en aquella edad literato, escritor de madrigales, controversista ardiente, y coloso adepto de la escuela filosófica que empezaba á darse á conocer; por lo cual, el rey Federico Guillermo su padre, se complacía en repetir: «No pasa de un señorito, de un verdadero francés que echará á rodar toda mi hacienda.» No se le vió tomar la pluma

para refutar el libro del *Príncipe* de Maquiavelo, y defender la causa de los pueblos contra un ciudadano republicano que enseñaba, decía él, la tiranía? Besde entonces datan las relaciones de Federico con Voltaire, objeto constante de su admiración, aun después del pequeño acto de despotismo que rompió todas las relaciones entre el príncipe y el escritor.

Al ceñir la corona, creyóse que el jóven Federico continuaria su vida de poeta y de publicista; pero sorprendió no poco á todo su séquito de cortesanos y aduladores, verte abandonar todas las ocupaciones frívolas que habían mecido sus primeros años, y entregarse todo enteramente al estudio de la administración y de la política. Fijóse desde luego la atención de Federico en dos objetos principales; en la hacienda y en el ejército. Llevó su padre la economía al último estremo en todas las partes de la administración; así es que quedaba poco que hacer respecto á eso. El ejército prusiano no constaba mas que de 60.000 hombres; Federico aumentólo hasta 80.000 y apresuróse á llamar á sus filas á varios oficiales que se distinguieron en el servicio de las otras potencias. Echóse de ver entonces que el refutador de Maquiavelo iba á consagrar con su ejemplo los principios que había combatido.

La primera expedición militar de Federico, verificóse contra el príncipe obispo de Lieja; Voltaire fué quien redactó el manifiesto contra el obispo, quien después de vencido tuvo que pagar su rescate. Presto se ofreció una ocasión mas importante de lidiar. Acababa de morir el emperador Carlos VI, dejando á su hija María Teresa una inmensa herencia, bien que con un ejército muy débil, sobre todo después de la muerte del príncipe Eugenio. Garantizan la mayor parte de las potencias la sucesion imperial; mas no impidió aquella garantía á ninguna de los soberanos el codiciar tan rica presa, desde en punto que la vieron entre las manos de una princesa jóven, á quien creyeron incapaz de defenderla. El rey de Prusia dió el primero la señal de aquella guerra de espoliación, y el 10 de abril de 1741, alcanzó una completa victoria sobre los austriacos reunidos en Meltitz, en la alta Silesia. El año siguiente derrotó en Cresslau el ejército del duque de Lorena. Dos sucesos tau

próximos año de otro fijaron las miradas de la Europa en aquel bravo ejército y el joven soberano que lo mandaba. Unieronse á Federico, las potencias rivales del Austria, queriendo todas tener parte en los despojos que estaba á punto de alcanzar; y así fué como se formó la coalición que estuvo á punto de agotar la casa de Austria.

Sin embargo; mudaron de consejos las potencias el 9 de mayo de 1756; la Francia, el Austria, la Rusia, la Sajonia, firmaron un tratado de comun alianza; y de golpe vióse cambiar hasta en sus bases el antiguo sistema de la política europea. Ya desde el principio de aquella famosa guerra de siete años, tuvo Federico que habérselas con todas las fuerzas del continente, y lejos de amenazarle tan desigual contienda, antepuso á sus enemigos, según costumbre. Sin previa declaración de guerra, atacó de súbito al ejército sajón obligándole á rendirse. Como se había previsto, aquella invasión irritó profundamente á las potencias aliadas, y de comun acuerdo declararon al rey de Prusia perturbador del público reposo. Atacado por ejércitos formidables, fué Federico vencido por la primera vez en Kolln. Jamás hubo éxito mas disputado; la mitad de la infantería prusiana quedó en el campo de batalla; habiendo sido conducida á la carga hasta siete veces, la última de las cuales viendo el rey vacilar á sus soldados, gritóles con el acento de la desesperación: ¡Queréis, pues, vivir siempre!

Como quiera, no tardó en tomar su revancha dirigiendo sus primeros esfuerzos contra el príncipe de Salsia. Dispersado el ejército de Francia en Roshach; un mes después, con 55,000 hombres derrotó el rey de Prusia á los austriacos loreneses, que contaban 60,000. Dió sus disposiciones en presencia del ejército aliado, y no dispuso su plan de ataque sino después de haber reconocido el mismo el terreno. Al levantar el sitio de Dresda desplegó Federico una habilidad increíble de que no ofrecen ejemplo los anales militares. Maniobrando en medio de tres ejércitos austriacos, amenazado en sus comunicaciones por un ejército ruso, supo contener á la vez á tantos enemigos, y acabó por batir al general en jefe Laudon, en el momento en que se adelantaba este para destruirle. Estaba el rey adormecido junto al fuego de un vivar, cuando vinieron á anunciarle que sus puestos estaban en peligro. Despertado con sobresalto, ordena con admirable calma las mejores disposiciones; y el enemigo admirado de verse atacado por los mismos á quienes creyeron sorprender, vacila, y es puesto pronto en fuga. Este momento es quizás el mas bello de la vida militar de Federico.

Tal es el hombre á quien admiraba sobre manera Napoleón; no pronunciaba su nombre sino con entusiasmo, y profesaba una especie de culto á los mejores objetos que le habían pertenecido, tanto que al llegar á Postdam el 14 de octubre de 1806, como encontrase la espada, el cordon de

las órdenes, el cinturón del príncipe y las banderas de su guardia, durante la guerra de siete años, oyósele exclamar: «Hé aquí unos trofeos que pertenecieron á veinte millones. Los regalaré á mis viejos soldados de la campaña de Hannover, los guardarán los invalidos como un testimonio de las victorias del grande ejército, y de la venganza que he tomado de los desastres de Roshach.»

Dejemos hablar ahora al duque de Rovigo, que acompañaba á Napoleon cuando su entrada á Postdam: «El primer cuidado del emperador fué visitar el palacio cuya belleza notó, no haciendo reflexiones sino sobre la naturaleza del terreno sobre que esta construida aquella hermosa habitación, el cual es tan poco apropiado para la vegetación, que los árboles no pueden alcanzar en él una muy ordinaria altura. Examinó el emperador con atención el aposento del gran Federico, que es religiosamente respetado; no habiendo sido tocado ninguno de sus muebles, que ciertamente no deben su valor á su magnificencia, pues no hay en Paris almacén de ropavejero en que pueda encontrarse un mueble mas sencillo y mas común. Su mesa de escribir me pareció de la misma especie que las que se echan de ver aun en nuestros felices notarios de Francia; estaba todavía en ella su tintero con sus plumas. Abrió el emperador algunas de las obras que solia leer con preferencia aquel gran rey, y examinó las notas que pusiera de su propia mano en el margen, de las cuales había muchas que indicaban mal humor. El emperador quiso pasar por la puerta por la cual bajaba Federico al terraplen del lado del jardin, como tambien por aquella por donde salia cuando iba á pasar revistas en la gran llanura de arena que está junto al palacio.

Era Federico de una talla algo menos que mediana, pero desarrollada; delicada su constitución, mas robustecieronla el ejercicio y la fatiga. Pocos hombres supieron guardar tan constantemente la igualdad de ánimo y la uniformidad de resolución en los vaivenes de la vida. Decía él mismo que antes de tomar un partido debíase pensar bien las consecuencias; pero que una vez tomado se debía sostener á todo trance. Esa era la máxima de Salustio; *Consulta et ubi consultueris; naturæ facta opus est*. Sobresalió Federico en la estrategia, creó el arte de maniobrar delante del enemigo, revolver y abrumarlo dirigiendo á un solo punto sus mayores esfuerzos. Fue el primero de los modernos que se atrevió á no dar sus disposiciones sino en el campo de batalla, y arregló casi siempre sus movimientos en presencia del enemigo. Su ejército era mirado como el mejor de Europa; presenciaba todas las revistas y paradas, y sobre todo aquellas grandes maniobras que acodian á admirar los militares de todos los países; siendo él mismo el instructor y ordenador de sus tropas. Apresuráronse donde quiera á seguir las lecciones de tan gran maestro, y los principios que prescribió, adoptados entonces por las diferentes naciones de

Europa y mas tarde por Napoleon, dirijen aun hoy día las evoluciones de todos los ejércitos.

Federico espiró el 17 de agosto de 1786; y fué enterrado en Postdam. Eran las seis de la mañana del 26 de octubre de 1806, cuando Napoleon acompañado del general Duroc y de dos ayudantes de campo, se trasladó sin el menor aparato á la cueva que encierra los despojos de aquel gran capitán. Llevaba Napoleon el uniforme histórico de coronel de cazadores de la guardia. No anunciára su intento á sus ayudantes de campo: su figura grave y habitualmente meditativa se habia ido poco á poco animando, y al llegar á Postdam pidió al gobernador ver la tumba del gran Federico. Precedióle un oficial prusiano hasta la reja que cierra la escalera de la tumba; guardaba aquella reja un viejo invalido, el decano del cuartel, quien sirviera en la guerra de siete años; sus cabellos blancos que caian sobre sus hombros, y las cicatrices de su frente indicaban una de aquellas carreras militares que Napoleon gustaba conocer y recompensar. Bien que perteneciera á las ultimas filas de ejército prusiano. Napoleon hizole preguntar por Duroc que sabia perfectamente el alemán, sobre la vida y hábitos militares de Federico. Bajó Napoleon algunos escalones, y entró en la cueva con la cabeza descubierta, y tomando la postura de una reflexion solemne, colocóse con los brazos cruzados delante del sencillo monumento. Permaneció mas de diez

minutos abismado en su contemplacion, dirijiendo de cuando en cuando á Duroc algunas palabras entrecortadas. Qué de grandes pensamientos debieron rodar por aquella frente! qué de meditaciones sobre los vaivenes y varia fortuna de la victoria! Napoleon quiso verlo todo, tocarlo todo lo que habia pertenecido al gran Federico: « Es mas sencillo, mas hermoso que Saint-Denis, » dijo repetidas veces á Duroc. Napoleon, que gustaba consignar sus menores acciones, dictó el mismo, al salir de la cueva, las pocas líneas siguientes insertas en el boletin 18.º del grande ejército: « El emperador, ha visitado la tumba del gran Federico. Los restos de aquel grande hombre están encerrados en un ataúd de madera cubierto de cuero, colocado en una cueva sin el menor ornato, sin la menor distincion que recuerde las grandes acciones de uno de los primeros capitanes, cuyo recuerdo conservará la historia. »

Hubo en Santa Helena una tumba que se hallára á corta diferencia en el mismo estado de desnudez; una sencilla piedra sombreada por un sauce, fuera el solo monumento que cubriera las cenizas de aquel que en su bella vida militar procuró constantemente imitar al gran Federico. No solo Napoleon siguió con gloria sus huellas, sino que todavia ha sobrepujado, en algunas de sus campañas, las vastas combinaciones del monarca prusiano.



Napoleon visitando la tumba de Federico II.

## CRONICAS DE GALICIA.

## EL PUENTE DA.

## I.

## El esposo ultrajado.

A cuatro leguas de Betanzos y seis de Lugo, y á poca distancia de la magnífica carretera que hay de una ciudad á otra, existen las ruinas de una de esas fortalezas que tanto abundaron en Galicia en tiempo del feudalismo, y de cuyas aisladas moles de robusta piedra se suelen aprovechar bien los mesoneros y bandidos. Estas mismas ruinas son las de un castillo que fué solar de la muy noble familia de Guitiriz, segun dice el P. Gándara en su famoso novilarlo; y á la estincion de este edificio y sus señores, se levantaron cerca de sus ennegrecidos muros unas cuantas casas mas de las que habia, formando un pequeño y pintoresco pueblo que aun hoy día se designa con el mismo nombre.

Empero, como la destruccion de esa fortaleza feudal encierra una leyenda trágica y estraña, uno de esos dramas horrosos de la edad media escritos en las crestas de nuestras montañas con escombros, porque las ruinas son los geroglíficos con que se escriben las devastaciones; vamos á referirlo á nuestros lectores tal como lo hemos oido á varios comarcanos y se halla confirmado en un antiguo libro de tradiciones.

En una noche muy oscura del mes de diciembre de 1515, en que la lluvia descendia á torrentes y el vendabal sillaba con furor al columpiar el follaje de los árboles adyacentes al castillo de Guitiriz, el jóven y esforzado paladín don Gutierre Pardo de Gayoso y su escudero Nuño Perez de Coutiño, se encontraban platicando con misterio en un apartado aposento de la torre principal del mismo; y aunque ambos estaban sentados en un mismo campé y vestían iguales trages de terciopelo negro, á usanza de la época á que nos referimos, fácil sería conocer á simple vista cual de estos dos personajes que nos abren la escena era el señor, cual el vasallo.

El atlético dueño de aquellos muros, era un guerrero de airoso continente y de elegantes ademanes; pero la diabólica espresion de sus ojos, lo moreno de su rostro y las cicatrices que tenia en él, recibidas en varios torneos y batallas, no estaban muy en armonía con la esbeltez y magestuosidad de su figura. Don Gutierre era uno de aquellos señores feudales de entonces, que armados llamaban la atencion pública por su varonil presencia, pero que sin esto no se les podía mirar sin respeto y cierta especie de temor, pues la dureza de sus facciones,

donde parecen reflejarse los sentimientos de las almas, y las imponentes miradas que clavaban en uno, contribuían mucho á ello. Y sin embargo de todo, su corazon era de los mas bellos y excelentes, era el verdadero tipo de los corazones de aquella época respecto á nobleza y caballerosidad.

Su escudero, por el contrario, era de raquílicas formas, cutis blanca y sonrosada, ojos vivos y agraciados... pero su alma infernal era el reverso de la risueña imagen que presentaba la de su señor. La mas exacta apologia que pudiéramos hacer de Nuño Perez de Coutiño, la hallareis en esta crónica.

En la noche que dejamos dicho, á medida que hablaba don Gutierre, sus ojos centelleaban como rayos, sus dientes rechinaban de una manera espantosa y acefionaba con los brazos de un modo capaz de aterrar al mas sereno observador.

—Nuño, mi buen Nuño, decía con acento pesadoso; todo lo que poseo me parece poco para recompensar tu fidelidad: desde este momento puedes disponer de cuanto tengo, y aun de mi vida si de algo te sirviera.

—Gracias, gracias mi noble señor, por vuestros ofrecimientos; contesto el escudero con sardónica sonrisa; yo no hago mas que cumplir con mi deber al enseñaros la mancha que nubla vuestros cuarteles, al declararos lo que mis ojos presenciaron.

—Escusado era eso para que yo conociese lo mucho que me amas, pues mil veces me has probado tu adhesión á mi persona. No hace muchos meses que me libraste de la celada que me habia armado en el puente de Rabade ese maldito conde de Villalva por que le vencí en el torneo de Bahamonde. Los cobardes siempre tienen que apelar, como traidores, á medios tan villanos para batirse con aquellos que no pueden mirar siquiera cara á cara. Oh! no creas que olvidaré nunca ese servicio que me hiciste: su memoria eternamente quedará grabada en mi corazon; si, aquí, donde queda también la revelacion deshonrosa que acabas de hacerme. Mañana.... mañana, Nuño, sabrás como tu señor toma venganza del hombre que tan vilmente le ha ultrajado.

—Y que hareis de él?

—Que haré...? matarle.

—Matarle!! matar á vuestro padre!!...¿ estais en vos, don Gutierre?

—Silencio, villano!

Nuño no volvió á decir una palabra mas; hizo un gesto de desaprobacion y de terror bajando la cabeza al suelo con aparente humildad.

Don Gutierre continuó:

—Crees tu que el serlo le defenderá de la muerte? te engañas; vive el cielo! y muy poco comprendes este corazon acostumbrado desde niño á no perdonar á nadie, á nadie que le ofenda.

—Por Dios, señor, no seals parricida...básteos la muerte de ella.

—No, Nuño, no; luego que Leonor deje de



existir y cuelgue su cabeza en una almena de la torre, sacaré á mi padre del castillo, y llevarlo á pasear por el camino de Betanzos, y despues...? no adivinas lo que haré despues? Mira: le diré que se arrojdle á mis plantas, cogere con mi mano izquierda sus cabellos blancos y con la derecha este puñal que llevo en la cintura...

—Señor! señor! apadáos de él, es un anciano, es vuestro padre... que si os ofendió, tal vez se halla pronto á vestir el hábito de monge y llorar en un monasterio el delito que ha cometido.

—Calla por Cristo! y no vuelvas á interceder jamás por los que me ultrajen: no pidas piedad para ese hombre que en vez de contribuir á mi ventura, aun á costa de su avanzada vida, tuvo la osadía, la infamia y la crueldad de seducir á mi esposa, á la esposa de su hijo!!!

Estas últimas palabras las pronunció con tanta rabia don Gutierre, que resonaron en el patio del castillo como el gurgural ahullido de una fiera.

En seguida prosiguió.

—No dices que los viste...?

—Claro.

—Pues entonces, como he de perdonarles? cülgan esas dos cabezas culpables á los golpes de mi daga, y sus cadáveres servirán de pasto á los hambrientos lobos de nuestras montañas; y tú si vuelves á despegar los labios para pedir por ellos... tiembra!

—Perdonad sí...

—Nunó, retirate hasta el alba

—Quedad en paz, murmuró entonces el escudero despidiéndose con humildad de su señor y lanzándole al salir una mirada de soslayo, una de esas miradas siniestras que nos hacen estremecer involuntariamente, pues parece que preludian una desgracia muy terrible.

Don Gutierre se quedó solo, triste y meditabundo, con los ojos fijos en los grandes retratos de familia que, inmóviles en sus dorados marcos y con aquella expresion de gravedad que lleva consigo el sello de una nobleza sin tacha, se ostentaban sobre las paredes de la cámara.

Algunos minutos despues, el reloj del castillo de los de Guitiriz dejó oír doce campanadas, que esparramó por el espacio el helado viento de diciembre, y el melancólico guerrero dobló la cabeza sobre el pecho como abrumado de dolor é insomnio; quedando dormido con la mano izquierda puesta sobre el pomo de su puñal, con la derecha en el corazon.

## II.

### El padre y el hijo.

Serian las cinco de la tarde del siguiente día, al tiempo que don Gutierre en compañía de su padre salía del castillo con direccion al rio que á poca distancia del solar se deslizaba sordamente hasta llegar á la llanura: el sol dardaba sus moribundos rayos sobre las cristalinas olas de la rápida

corriente, formando en ellas cambiantes tan fantásticos y fugaces como en las arañas de cristal las amortiguadas luces de un festivo; el cielo estaba puro, el aire embalsamado... hacia una de esas tardas de invierno tan raras y deliciosas.

Iban ya cerca del rio.

Don Gutierre volvió la cabeza hácia la fortaleza feudal y el joven caballero derramó una sonrisa diabólica de gozo al divisar á su escudero. Nuño Perez de Coutiño, que desde la almena agitaba una cabeza ensangrentada de larga cabellera y de facciones lividas y cadavéricas... era la de su infeliz esposa doña Leonor de Tamboga, condesa de Mantenegro, mandada asesinar por orden suya.

Don Alonso no advirtió nada.

Poco tiempo despues ambos personajes acabaron de bajar por el tortuoso camino que desde la cumbre de la montaña en que se levantaba el castillo habia hasta la margen del pequeño rio, formado por las eternas nieves de aquellos montes, y que corre á engrosar las aguas del Mandeo. Caminaban padre é hijo hácia un humilde puente de madera, próximo á arruinarse por sus años de servicio, que se hallaba construido en el mismo punto en que hoy día se vé el sólido y elegante de piedra sillera que al formar la carretera se edificó en su remplazo; pero que sin embargo de esta metamorfosis, desde la tarde que acaeció la terrible escena que vamos á referir, conserva el mismo nombre que encabeza esta leyenda, nombre que el puente viejo transmitió al puente nuevo como un padre á un hijo su apellido.

El paisaje que desde este sitio se desarrollaba á la vista de don Alonso y don Gutierre, era verdaderamente un panorama moniáso que inspiraba á un mismo tiempo mil sensaciones diversas de terror y admiracion profunda. Por una parte, la cadena de montañas de Ponsadela con sus negruzcas rocas, encañabrados picos y precipicios burrerosos, pero revestidas de aquel verdor pético con que se miran al aproximarse la primavera; por otra, la dilatada llanura de Guitiriz sobre cuyo fondo se destaca, como un inmenso espejo, su azulado lago de la figura de un trapecio, y en cuya serena superficie se proyectaban los elevados montes circunvecinos y las cenicientas nubes del cielo; rematando este cuadro tan admirable en la hora del crepúsculo, en otra cadena de montañas cubiertas de nieve que confundian la blancura de sus cimas con los argentados celajes.

Empero nada de esto conmovía el alma de nuestro protagonista que fluctuaba en un mar terrible de venganzas. Sus ojos no veían mas que su puñal y el pecho de su padre, de aquel padre que tan bárbaramente le habia ofendido. Todas las teorías, todas las palabras mas afectuosas no bastarian para disuadirle de su proyecto, no llegarían á arredrarle aquella presa de las manos.

—Hijo mío, decía don Alonso Perez de Goyoso delatándose en mirar como las caprichosas ondas

del bullicioso río se arrastraban para el lago por entre las variadas flores que en el prado se ostentaban, ¡que desierta está esta sitio! hoy no pasa un alma y ayer infinidad de damas, paladines y pecheros cruzaban por él de vuelta del torneo de Rodelro.

—Así lo quiero yo, señor de Guiteir, fual padre y mal caballero; desierto lo quiero yo para que nadie acuda á vuestros clamores, para que nadie mire vuestra agonia con tristeza... gritó con voz atronadora don Gutierre y tomando una actitud harto imponente y amenazadora.

—Gutierre mio! querido hijo mio!.. tartamudeó el anciano aterrado de un lenguaje tan soberbio y sorprendente; y al ver que los ojos de este, encendidos como chispeantes brasas, mas bien parecian los de un demonio que de persona humana: tú deliras!!... oh! qué ojos! qué acciones! hijo mio, que vas á hacer!!...

—Qué voy á hacer? por nuestro patrón san Cristóbal que esa pregunta es bien inútil cuando me veis sacar este puñal.

—Dios mio!! vas á matarme! á mí... á tu padre que te ama tanto y que nunca le ha ofendido en nada!

—No me ofendisteis! decís que no me ofendisteis nunca, cuando habeis estampado en esta frente que debiais respetar más que la vuestra, mancha eterna de baldón, mucho mas terrible que el anatema de los cielos para el hombre que tiene honor.

—Yo, Gutierre!! Pues en qué te ofendi, hijo mio?

—En qué me ofendisteis! y aun me lo preguntais con esa serenidad!... vive Dios que pronto os olvidais del torpe amor que á Leonor tenéis!...

—Mentira!—Ahora comprendo que tal vez seré víctima de alguna calumnia...

—Calumnia! pluguiese al eterno que así fuera. Ea, señor, no mas palabras, porque todo lo que habeis con ese tono hipócrita os servirá de nada: arrodilláos á mis pies y orad por vuestra alma.

Don Gutierre desenvainó el puñal al decir esto apuntando al pecho de su padre. Este se arrojó maquinalmente sobre los tablones del calduco puente, desobrochó el gaban, y mostrando su desnudo pecho á don Gutierre, *«da, hijo infame, da!»* gritó con la resignacion de un mártir.

Desde aquel momento no se volvió á escuchar ninguna otra palabra mas... habia cesado para siempre aquella fatal conversacion de padre á hijo, conversacion que terminó con la palabra *da*, nombre que desde aquella tarde tomó el merquino puente que fué teatro de una escena tan atroz y tan sangrienta.

### III.

#### La revelacion.

Habian transcurrido seis años.

Don Gutierre se encontraba en Betanzos en

donde dentro de pocos dias iba á casarse con doña Beatriz de Andrade, señora de las mas principales y hermosas de la provincia. Recordaba continuamente á su desgraciado padre, afligiéndose algunas veces por haber sido su verdugo, y otras regocijándose de la venganza tan cumplida que habia tomado de los dos culpables.

Una tarde que se encontraba en casa del marqués de Mos en compañía de varios señores del país proyectando una cacería en las montañas de Montouto, recibió un mensaje de su fiel servidor Nuño Perez de Contino, á quien por la revelacion que le hizo, y de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, le colmó de favores y le empleó de capitán de sus arqueros de Guiteir; en que le suplicaba encarecidamente se llegase al castillo porque estaba en los últimos instantes de su vida y deseaba antes de morir hacerle otra revelacion no menos importante.

Don Gutierre, que le habia cobrado bastante cariño, montó á caballo al instante y se dirigió á todo escape á Guiteir pesaroso de la desdichada suerte del que habia sido tan buen servidor de su casa.—Las cuatro leguas que habia desde Betanzos al castillo las anduvo en menos de tres horas, gracias á la agilidad de su corcel: de modo que cuando se apeó en el patio de su fortaleza aun no habia cerrado del todo la noche.

Subió presuroso á la cámara de Nuño, y tan pronto como le divisó en el lecho se avalanzó á él con las lágrimas en los ojos y estrechándolo en sus brazos como á un hermano: tal era el cariño que le tenia.

—Don Gutierre, dijo con moribunda voz el capitán de sus arqueros; conozco que voy á morir muy pronto, pero antes es preciso que sepais un secreto que hace seis años tengo encerrado en el pecho... veneno que minando lentamente mi vida acaba por fin con ella.

—Dí... di luego lo que sea.

—Señor, vuestro padre y doña Leonor murieron inocentes.

—Inocentes, Nuño! exclamó don Gutierre, con voz de trueno.

—Inocentes. Yo amaba á vuestra esposa, se lo dije á ella, y viendo que desoyó con desprecio el amor que la tenia, forjé en venganza la monstruosa calumnia de que fué víctima...

—Basta! basta, serpiente de los infernos!! gritó don Gutierre sin dejarle concluir; y sacando su inseparable daga la hundió hasta el pomo por tres veces en el vientre del infame Nuño, que aun al espirar envuelto en sangre parecia derramar una sarcástica sonrisa sobre el mismo que le asesinaba tan cruelmente.

Don Gutierre le arrastró en seguida por el cuarto, le cortó la cabeza, los brazos y las piernas; y despues de mutilarle de descuartizarle en pequeños trozos como el mas hábil de nuestros verdugos, salió de aquella habitacion con los pelos encresajados, los ojos espantados y produ-

ciendo palabras sin fin y sin objeto... todo en el desorden mas completo y haciendo huir á los soldados de su castillo.

IV.

Conclusion.

Desde entonces don Guillerme Pardo de Gayoso, señor de Guitiriz, de Narla y de Caldelobas, se

volvió loco.—En todos los sitios creia ver la sombra de su padre enseñándole la cabeza de su esposa. Pasaba la mayor parte del tiempo en el puente donde matara al anciano que le diera el ser, murmurando *dá, dá!* y despues de tres meses de padecimientos, en un exceso de locura, pegó fuego al castillo, pereciendo entre sus escombros abrasado por las llamas.

BENITO VICETTO Y PEREZ.



El Torcecuello.

EL TORCECUELLO.

El torcecuello es un ave que pertenece á la familia de los trepadores. Tiene el pico puntiagudo y afilado, el color de sus plumas es uniformemente sombrío y monótono, y se parece mucho en sus costumbres á la llamada *Pico*, no obstante que sus facultades son menos destructoras; pero como éstos, aquel se alimenta de insectos y de sus larvas que busca en la corteza del tronco de los árboles. Su nombre de torcecuello lo debe á Buffon, que lo designó por una circunstancia particular que no es común á ninguna otra especie. Y es la de torcer el cuello en todas direcciones, y mas particularmente la de doblarlo sobre la parte superior del cuerpo. Salta de rama en rama ayudándose de la cola que encorva en forma de arco, y trepa por los troncos arriba muy perezosamente, en cuyo movimiento nada tiene de precipitado, sino que por el contrario es lento en caminar, y su camino tortuoso y parecida su marcha á la de un reptil; sus hijuelos desde que nacen siguen la misma marcha. Los hombres inclinados siempre á ver misterios en todo lo que no comprenden, han atribuido á este pájaro en la antigüedad un don particular, que era el de excitar las pasiones y reanimarlas en su decadencia. Tres

son las especies de torcecuellos que se conocen, y de las que solo una existe en Europa. En invierno desaparece y solo viene á nuestros climas en primavera; hácia el otoño suelen ponerse muy gordos, siendo esta la época mas aparente para cazarlos, y siendo su carne de excelente gusto, sobre todo si inmediatamente despues de muertos se tiene cuidado de arrancarles la lengua.

LA BOTICA.

Sonaba un boticario de un pueblo, que todos los vecinos entraban un día en su botica, y sin saber por qué, se apoderaban con estrepito de cuanto allí habia. Uno se llevaba un bote de ungüento, otro una redoma de jarave, quien una cosa y quien otra. Algunos tal prisa traian, que allí mismo se sorbian las bebidas y se tomaban las medicinas, sin dejar bote, ni vasija que no quedase desocupado. Habia sin embargo algunas botellas puestas sobre una tabla, que no llamaron tanto la atencion de los golosos, en especial la ultima, llena de un licor oscuro del que ni el mismo boticario se acordaba. Aquella botella habia quedado intacta, pues el que mas, se habia contentado con olerla; pero entrando en la botica un hombre de

grande estatura y buen parecer, despues de haber considerado el destrozo que habian hecho los otros, y cual si buscase con ánsia alguna cosa, fijó al fin sus ojos en la consabida botella.



Poniéndosela á la boca con grande alegría, se bebió todo el licor sin dejar gota. Saliase ya de la tienda, cuando el boticario maravillado no pudo menos de preguntarle, porque habia bebido con tanto gusto, lo que otros habian desechado. El hombre de grande estatura, respondió secamente,

«Ese licor que yo solo he bebido, es la discrecion, la que los hombres no quieren gustar por nada de este mundo.

## ANUNCIOS.

### SUSPIROS DEL CORAZON.

Se ha publicado la 2.<sup>a</sup> entrega de esta obra, que redacta en Santiago; *Don Leopoldo Martinez Padin*. Llamamos la atencion de nuestros lectores sobre la *Carta 4.<sup>a</sup>* dirigida á un EMIGRADO. Su autor ofrece convertir muy luego esta publicacion, de recreativa en útil. Se reparte cada quince dias una entrega de 2 pliegos con cubierta impresa.

Precio, 5 rs. cada 3 entregas. Se suscribe en casa de Monier.

### GUIA

### DEL VIAGERO EN ESPAÑA.

Comprende una noticia geográfica, histórica y estadística del reino; descripción de Madrid y de las principales poblaciones de España; noticia de los caminos generales y transversales que conducen de un punto á otro, espresando la distancia de la corte á las capitales, y pueblos importantes y de estos entre sí, con un cuadro estadístico de las

provincias, partidos en que se dividen, número de pueblos, de vecinos y almas de que constan, y un apéndice que reúne todas las noticias relativas á comunicacion y transporte, diligencias, mensagerias, carros, galeras, correos, aguas minerales, ferias &c. &c. &c.

Se vende á 16 rs. rústica, 20 pasta; en Madrid en el gabinete literario y en la administracion de diligencias peninsulares. En las provincias en casa de todos los corresponsales del señor Mellado, editor, y en las administraciones de diligencias.

### ESPAÑA

## CABALLERESCA,

POR DON JOSÉ M. MALDONADO.

En todo el corriente mes quedará en poder de los suscritores este lindísimo tomo, que constará de 50 pliegos de impresion ó sean 500 páginas en 8.<sup>o</sup> mayor con 100 magníficos grabados, impreso con el mayor lujo y elegancia, encuadernado á la rústica con una bonita cubierta. Contiene las tres novelas originales siguientes:

EL GABAN DE DON ENRIQUE EL DOLENTE.

DON BELTRAN DE LA CUEVA.

DON JUAN EL TUERTO.

A los que se suscriban en todo el mes de mayo, solo costará el tomo 50 rs. en Madrid, y 54 en provincia; pasada esta época queda cerrada la suscripcion y aumenta el precio 10 rs. mas. Se suscribe en Madrid en el Gabinete literario calle del Príncipe, y en las provincias en casa de los corresponsales del señor Mellado editor.

### HISTORIA

### DEL DESCUBRIMIENTO Y DE LA CONQUISTA

## DE AMÉRICA.

¡POR CAMPE.

traducida por don F. Fernandez Villabrilles; edicion de lujo, con 152 grabados, y 16 láminas aparte ac. e sto

Un tomo en 4.<sup>o</sup> mayor de 400 páginas de excelente impresion y esquisito papel, con una magnífica cubierta. Se vende á 40 rs. en Madrid en el Gabinete literario, calle del Príncipe, y 44 en provincia, franco el porte, en casa de todos los corresponsales del señor Mellado, editor.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,

DE DON FRANCISCO DE P. M.-EDITOR,

calle del Sordo, núm. 11.